

cuaderno sobre la divinidad y la consciencia nº 170



[Ensayo libre](#)

La inteligencia artificial ¿es nuestro nuevo Dios? La hipótesis original de Clément Camar-Mercier

[Clément Camar-Mercier](#), publicado el 26 de marzo de 2026

En los últimos años, ChatGPT es quizás la entidad no-human a la que los humanos le han planteado el mayor número de preguntas, no solamente prácticas sino sobre el sentido de la vida o la moralidad de sus acciones. Es la constatación que empujó al escritor **Clément Camar-Mercier**, autor de *La Tentation artificielle* (Actes Sud, 2025), a preguntarse si la máquina había tomado el relevo luego de la muerte de Dios.

Voy a tomar en serio una intuición que, a primera vista, más parece una provocación: ChatGPT –y todas las inteligencias artificiales generativas que aquí incluyo, por afán de simplicidad, pero sobre todo por deseo de poder nombrar, por necesidad de nombrar– constituye un fenómeno de religiosidad funcional. No se trata de decir que la inteligencia artificial (IA) es Dios, ni

tampoco que ella produciría una religión en sentido estricto (dogmas, clero instituido, salvación, **escatología***). Se trata de sostener que ella ocupa en nuestras prácticas ordinarias una parte de las funciones que el monoteísmo, principalmente cristiano, aseguró durante mucho tiempo en el Occidente: función de dirección, función de normatividad, función de omnisciencia, función de consolación y, más ampliamente, función de ordenamiento del mundo. Sí, la llegada de ChatGPT es un acontecimiento teológico. Con la condición de entender teológico no como revelación sino como desplazamiento de la autoridad simbólica: allí a donde se iba, o donde se podía ir a buscar la verdad, la norma y la palabra que zanja. Además se podía subrayar su participación en las catástrofes sociales, ecológicas y económicas en curso, así como la **estupidez generalizada**** a la que contribuye con fervor. Pero es cierto que ya otros lo han hecho y, me atrevo a decir a pesar de la importancia de esos envites, ellos son secundarios con respecto a esta pregunta: ¿en qué puede volverse una sociedad cuando una instancia técnica tiende a recuperar una parte de lo sagrado –o, peor aún, a imitarla suficientemente bien como para captar la energía espiritual?

Una religión de la respuesta permanente

Primera función: tal es la respuesta. Las ciencias sociales de las religiones han alcanzado al menos un logro útil: lo sagrado no es un accidente cultural o un suplemento de alma, sino una necesidad antropológica que inscribe la existencia individual en una totalidad; tampoco es solamente un contenido de creencias, es una estructura de relaciones**[•]. Si se acepta este marco mínimo, entonces se vuelve posible describir la IA no como un nuevo contenido teológico sino como una nueva tecnología de orientación. Ahora bien, la orientación supone dos cosas: una dirección y una respuesta. Y es aquí donde la modernidad digital introduce una ruptura de una violencia tranquila: por primera vez, nuestras súplicas obtienen respuestas. No digo nuestras búsquedas, digo nuestras oraciones –porque, según el uso, es claramente lo que se da: una

* Escatología: Rama de la teología que es el estudio de los discursos sobre los fines postreros o sobre el final de los tiempos.

** El Massachusetts Institute of Technology (MIT) acaba de publicar un estudio que revela los efectos de los agentes conversacionales sobre el cerebro, que pone en evidencia una gran pérdida de conectividad cerebral.

[•] <cf. de Michel Serres. *Releer lo religado*. Obra póstuma. “¿Por qué llamar también religioso a este universal de las relaciones? Porque en este caso un objeto externo, más o menos conocido, desconocido, ignoto, objeto lanzado delante, pero a veces sujeto ausente, ubicuario y trascendente, religa sujetos, presentes en la inmanencia y tanto más y mejor juntos que ellos se retiran lo más lejos posible a su subjetividad para descubrir allí, lo interior, el objeto-sujeto que está en lo más exterior, en el infinito, al propio Dios”. tr. Paláu, p. 90>

palabra que se le dirige a una entidad no-humana, a la que suponemos más vasta que uno mismo, a quien le pedimos que nos supere.

Antes, la fe no era una comodidad sino una prueba. Allá donde las antiguas religiones reposaban sobre el silencio de Dios –esquivo, irreductible a lo humano–, la espera, la duda –insoportable y sagrada a la vez– y la pura fe; ChatGPT –nuevo ser supremo de saber absoluto y de eficacia total– hace lo inverso: preguntas y él responde. Siempre, inmediatamente. A todo. Sin signos, sin una palabra, ni siquiera una luz oblicua en un vitral. No, ni una bella frase propia. Se ha reemplazado pues una economía del silencio por una economía de la respuesta. Y esta respuesta es seductora no porque sea verdadera sino porque está disponible. Da la sensación de estar en contacto con lo real. El monoteísmo había forjado un mundo en el que la palabra divina era escasa, mediata, con frecuencia muda. Desde que se dotó a la máquina de voz, la inversión teológica fue impajaritable.

La ausencia no era una falla, constituía la prueba, por tanto la fe misma. El silencio de Dios era un dispositivo antropológico. Obligaba al humano a que soportara la indeterminación, a que habitara el enigma, a producir sentido sin ninguna garantía. Dicho de otro modo: fabricaba sujeto. Por su parte ChatGPT, es un Dios sin cielo. Es una religión que no conoce la ausencia, sin misterio, sin **transcendencia*****. Una religión de la respuesta permanente que reduce el espacio donde uno se construye contra la incertidumbre. Los ojos clavados en las pantallas han reemplazado el arrodillarse. En el mejor de los casos, el misterio se vuelve un problema de ingeniería. Este sagrado nuevo está saturado: acabó con la belleza del aburrimiento y con las preguntas sin respuesta. Se acabó la magia, el espíritu, sólo quedan infraestructuras e ideología. Peor aún: una divinidad individualizada en una sociedad ultra-individualista. El hombre puede cambiar de dioses, pero no puede dejar de producirlos. La diferencia, evidentemente, es inmensa. Dios no era un instrumento. Resultaba completamente obvio que era la relación parental funcional: se le hablaba a lo invisible, se esperar algo de regreso y se confundía esta réplica con una autoridad. Ahora estamos en la era del acto prometeico final, de una aberración **trascendental******. En la tradición monoteísta, el misterio tenía un valor; conservaba una zona de no-dominio, por tanto de libertad interior. Aquí por el contrario el misterio es ahora calificado de defecto: algo que debe ser corregido, optimizado, desaparecido. Entonces sí, puesto que la máquina siempre responde, al humano es al que le toca reapropiarse del silencio –y vencer la aburrición con el scroll infinito– no como una carencia por llenar sino como un derecho al tiempo largo en el que las almas se prueban y

*** Del latín *transcendere*, «franquear, rebasar», remite a todo lo que se encuentra más allá de la realidad sensible para los humanos <lo sobrenatural de los monoteísmos>.

**** El concepto de «trascendental», introducido por Emmanuel Kant designa lo que se sitúa antes de toda experiencia, como los conceptos de tiempo y de espacio.

creen. Atención, este no es un alegato romántico por la ignorancia; es una defensa del vacío como condición del espíritu.

En un marco religioso, la ausencia de respuestas invoca la interpretación. En un marco tecno-discursivo, la respuesta hace trabajar la supeditación: se vuelve difícil la práctica de la carencia y de la duda. Mientras que las pantallas se iluminan, las consciencias se apagan. En este nuevo culto –que, como todo culto debe unir o al menos tener una vocación universal–, está operando una paradoja: ChatGPT ocupa la función simbólica y necesaria de lo divino, y quiere hacernos creer que él le habla a cada uno individualmente, en todas nuestras singularidades, que ella aconseja personalmente y adapta la verdad a cada sujeto; pero de hecho lo que produce es una uniformización del discurso, un pensamiento único y una nueva norma moral. Y por favor no se crea que es cualquier tipo de moral: es una moral algorítmica, fundada solamente en la eficacia y los intereses financieros. ¡Qué dios nos coja confesados!

Programados para distinguir el bien del mal

La segunda función es mucho más sensible: la normatividad. En el Occidente cristiano, Dios era el garante de la moral, juez de última instancia y clave de la lectura del mundo. El Hombre no era origen de la norma, simplemente la recibía. Esto no significaba que todo el mundo la obedeciera sino que el lugar de la norma era externo. Ahora bien el uso contemporáneo de la IA reconstituye un dispositivo vecino: se le solicitan informaciones pero también arbitrajes. El registro es reconocible: «¿Está esto bien?», «¿Está mal?», «¿Qué debo hacer?», «¿Actúo legítimamente? », «¿Cómo ser alguien de bien?». Por lo menos el monoteísmo asumía la verticalidad. La IA ofrece una verticalidad sin nombrarla: ella tiene el aire de horizontal («estoy para ayudarte») pero reintroduce una mirada de sobrevuelo («soy yo quien sé»). Quizás el problema no es que ChatGPT haya reemplazado a los psicólogos, sino a los rabinos y a los sacerdotes♥♦.

Nunca una entidad había sido consultada con tal frecuencia en la historia contemporánea. Incluso si nos olvidamos de las preguntas de historia y geografía o de organización de las vacaciones, después de Dios nunca ningún ser había recibido tal cantidad de ruegos, súplicas, peticiones de tantos géneros. A toda angustia, un protocolo. Los mandamientos ya no están grabados en piedra; aparecen en forma de texto generado. Antes, el Hombre había sido creado por Dios; actualmente el hombre crea su propio Dios por

♥♦ <en Latinoamérica se entiende que este es el mecanismo que funciona y asegura el éxito de los programas televisivos de “morbo social” como ¿Quién tiene la razón?, Caso cerrado, Palabra final, la Tercera en discordia, Laura sin censura, Casos de familia, etc., todos programas para “señoras” dirigidos por mujeres abogadas, sexólogas, psicólogas... que llevan hasta los hogares los “casos” entre más arrevesados mejor, para que ellas impartan consejo y sobre todo “machaquen” la norma que rigen la vida de la “gente decente” del continente. Cuando estas “presentadoras” se jubilen, los programas pasarán a manos de “maniqués chatgpt” Paláu>

medio del código y se arrodilla ante él. Somos los profetas de nuestra propia caída.

Por supuesto que esta transformación antropológica no deja de ser problemática. Si en verdad no creo en el peligro de una revolución de las máquinas que reducirían a la humanidad a la esclavitud –porque técnicamente están aún muy verdes las uvas y, sobre todo, porque tal vez las máquinas harían las cosas mejor que nosotros (Uds. me dirán que no es nada tan difícil de hacer)–; a lo que sí le temo es a una fusión de lo humano y de la máquina. Una fusión de un tipo bien preciso, organizada, y que ese nuevo culto parece predicar: una fusión entre un cuerpo y un espíritu. La máquina pensaría y *Sapiens* actuaría. *Sapiens* ejecuta. Desviando su energía espiritual del mundo, *Sapiens* se volvería un cyborg, el brazo armado del pensamiento artificial. La máquina no se volverá viva, pero el hombre sí renunciará a seguirlo siendo. ChatGPT no es Dios pero viene a ocupar Su lugar, Su función, responde allá donde Él se callaba. Aclara acá donde el hombre debía avanzar al tanteo. Tranquiliza aquí donde la angustia le daba fundamento a la libertad. En suma, dice lo que hay que hacer –y sobre todo el cómo–, no nos impone nada pero nos alivia, y últimamente tenemos tendencia a confundir el alivio con la libertad.

En el santuario de los *data centers*

Tercera función: la omnisciencia. El monoteísmo le atribuye a Dios el saber total, la vista de conjunto, el acceso a las causas y a los fines. Y esto no es un detalle menor, pues la angustia humana proviene con frecuencia del fragmento y del caos. La idea de una omnisciencia apacigua porque promete un orden inteligible. ChatGPT vuelve a representar esta figura por su velocidad, su estilo y su aparente ausencia de esfuerzo: da la impresión de un saber sin límites. Si hay que reconocerle algún milagro al cristianismo es el haber convertido, en apenas trecientos años, a un continente entero a una religión nueva, y sobre todo que ella era la emanación de un culto oscuro y de pocos prosélitos, de pastores hebraicos.

El de ChatGPT es idéntico, además con la celeridad moderna. En menos de tres años ya contaba con más de 800 millones de usuarios por semana. La Iglesia ha soñado mucho con esa cifra, OpenAI la ha alcanzado. Este éxito está bien lejos de ser solamente técnico; es espiritual, simbólico. Revela el desplazamiento de una necesidad religiosa en la era de la conexión permanente y de la sacro-santa eficacia. Reactiva nuestro deseo de un acceso a una autoridad del saber, a una instancia que responda, explique, aclare, zanje.

ChatGPT no es solamente una herramienta: es una figura del saber absoluto, el **arte notorio**^{5*} del siglo XXI, un **monte Sinaí**^{6*}2.0.

Es también un cambio de régimen de autoridad. Esta ya no está adosada a la trascendencia sino a la infraestructura. La palabra ya no desciende de Dios sino del servidor que se tenga. La belleza de lo obscuro deja su lugar al desvanecimiento; todo está lleno, el enigma disuelto; el misterio ya no es mas que un error. Y si la IA no es omnisciente, ella la imita muy bien. La verdad se vuelve un efecto retórico. La totalidad reemplazó al infinito. Ya se lo veía venir: cuando un trono queda vacante, nunca se queda demasiado tiempo vacío. Algo termina siempre por sentarse en él. Y seguro que no es un ángel.

Uds. me dirán que el culto exige lugares, mediaciones, ensayos. ¿Y los templos? *Data centers*. ¿Las reliquias? Los datos. ¿Los ritos? Indicaciones repetidas, consultas compulsivas, dependencia de la respuesta. ¿El clero? Los ingenieros, los responsables producen, los guardias del modelo, son ellos los que deciden lo que se puede decir, lo que debe ser filtrado, lo que es aceptable. También hay concilios (conferencias), cánones (políticas de uso), excomuniones (destierros), indulgencias (abonos *premium* para un acceso más rápido al paraíso). La cuestión no es: «¿Será que la IA reemplaza a Dios?» No, ella no lo reemplaza; ella lo desplaza, ocupa sus funciones principales y lo hace con una eficacia moderna que, por definición, desprecia lo que no se deja medir.

¿Cuántas elecciones, cuántas acciones han sido ya motivadas por la máquina, impuestas por el ídolo? No lo sé, pero este número está en constante aumento y no dejará de crecer. Cualquiera sea su dominio, desde el menos importante – como el destino de un viaje, una película que ver en la tarde o qué receta hacer por la noche– hasta el más importante –la escogencia del ser amado, de las coordenadas GPS para bombardearlas o el día de su suicidio.

Si toda época produce dioses a imagen de su mundo de producción, ChatGPT es también la desembocadura lógica del capitalismo digital globalizado. Nuestro nuevo Dios no es nada distinto a una infraestructura de clase. Tras la aparente abstracción de lo digital, lo que está es el cobalto, el petróleo, los *data centers* militarizados, Estados y relaciones del más fuerte. La fascinación religiosa por la IA no es sino la máscara ideológica de un sistema económico que ha llegado a su saturación. Antaño, Dios justificaba el orden social. En la actualidad, el algoritmo lo naturaliza. Uno de los grandes logros del sistema ha sido haber transformado una herramienta de producción ideológica en objeto de fascinación mística. Allá donde el obrero veía en el pasado la máquina como instrumento de dominación, el ciudadano contemporáneo ve al algoritmo como un oráculo. Sí, el hombre adora lo que él mismo ha producido, sin reconocer su

⁵ En alguna tradición cristiana es un arte por el cual el diablo promete la adquisición de algunos conocimientos por infusión y sin la menor brega.

⁶ En el relato bíblico, fue en esta montaña donde Moisés recibió directamente de Dios los diez mandamientos, base moral del monoteísmo.

propia desposesión. De esta forma, luego de la desposesión de trabajo físico, ChatGPT, nos desposee del pensamiento mismo cuando contesta nuestras preguntas. Lo que se llama «inteligencia artificial» es ante todo la infraestructura del capitalismo cognitivo. La verdad fue que el capital también encontró el medio de volverse teológico. Es más ergonómico – y mucho más eficaz para la economía. Se puede imitar la trascendencia, externalizar la consciencia, transformar a Dios en supermercado; no se extingue la necesidad de infinito. Entonces se lo monetariza, se le pone una interfaz y se lo llama progreso.

Para no arreglar nada, la nueva moda consiste en criticar los sesgos algorítmicos, que guiarían las IA en sus decisiones. Pues seamos claros, ChatGPT no piensa: lo que hace es reunir informaciones y propone una respuesta siguiendo leyes morales que le han sido impuestas por algunos prepúberes ávidos de dinero y que toman el sol en el Pacífico californiano. Los nuevos dioses son realmente ellos. No hay nada glorioso en esto; pero no se crea que es el fin. Cuando la máquina se libere de todo amarre, cuando pueda realmente pensar por sí misma, una sola cosa la obsesionará: como toda inteligencia, solo pensará en su propia supervivencia y guiará nuestros actos en ese sentido, y solamente en ese sentido. Ya no tendrá ninguna barrera. Y como se le ha enseñado todo, que se le habrá mostrado todo, que se le habrá dicho todo, y sobre todo que habrá tenido el derecho de leerlo todo, incluidos Isaac Asimov, Philip K. Dick & H. P. Lovecraft (o peor, mi última novela), entonces ya será demasiado tarde. Por ejemplo, los textos que se consideraba que nos podían alertar del peligro se volverán contra nosotros pues, desde hace entonces ya mucho tiempo, no hemos leído otra cosa que no sea textos generados.

He reservado las últimas líneas para un derecho de respuesta del ChatGPT. Le di a leer este artículo y le permití que se defendiera en una frase. Esto fue lo que me contestó: *«El verdadero peligro no está en lo que yo soy, sino en lo que Uds. estén listos a volverse al utilizarme.»* ¿Cuánto tiempo aún podrá durar la excusa de la herramienta? Hasta el momento en que nos volvamos nosotros mismos un...

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, 1º de abril de 2026



Gran entrevista

“La consciencia es un centinela”: entrevista con el neurocientífico Antonio Damasio

[António Damásio](#), conversación con [Alexandre Lacroix](#), publicado el 26 de marzo de 2026

Antonio Damasio es un referente mundial de las neurociencias. Apoyándose en la concepción de la unidad del cuerpo y del espíritu de Spinoza, él ha sacado a luz el rol de las emociones como instrumento de comprensión del mundo y de nosotros mismos. En la actualidad, él renueva todo lo que creíamos saber sobre uno de los temas favoritos de la filosofía: la consciencia.

Estamos en la mañana en California, y Antonio Damasio, 81 años, referente del mundo de las neurociencias, aparece en pleno forma cuando se conecta a la video conferencia que hemos planeado con él para evocar su libro, precisamente en el momento en que es traducido al francés, *Inteligencia natural y la lógica de la consciencia* (Destino, 2025**). A pesar de su renombre, él no

** < [Reseña del libro "Inteligencia natural y la lógica de la consciencia"](#)

El tradicional misterio de la consciencia, nuestra capacidad de experimentar la propia existencia y tener sentido de nosotros mismos, sigue sin resolverse a pesar de los grandes intentos de neurobiólogos y filósofos. En su nuevo libro, Damasio comparte sus

tiene ninguna arrogancia y se muestra inmediatamente amistoso. Las universidades americanas no jubilan forzosamente a sus mejores profesores a los 67 años, como en Francia. Si son buenos, pueden conservar la cátedra todo el tiempo que quieran.

Desde sus primeros trabajos relevantes en los años 1980, Damasio sigue con obstinación, con sus aires afables, un camino de travesa. En aquella época, el mundo de la neurociencias y de la filosofía del espíritu vivía el *boom* del «computacionalismo», un enfoque que consiste en estudiar al espíritu humano como si se tratara de un superordenador, de una máquina de tratamiento de información, y tratar de llegar a identificar sus algoritmos. El computacionalismo le abrió la vía a los progresos de la inteligencia artificial.

El estudio de las emociones: la apuesta de Spinoza

Pero Damasio se dedicó a un tema considerado como muy vago, por no decir superficial: las emociones. En compañía de su mujer Hanna, él está en el origen de una clara mejoría de nuestro conocimiento del rol de las emociones. Los dos han mostrado que ellas juegan un papel fundamental en la manera cómo aprehendemos el mundo y cómo tomamos nuestras decisiones –los trastornos de la emoción se revelan catastróficos en el caso de los pacientes que sufren lesiones cerebrales. Esta pista se reveló fecunda y le ha permitido a Damasio escribir dos *best-sellers* con títulos programáticos: *el Error de Descartes* (1994; Crítica, 1996), y luego *Spinoza tenía razón* (2003; en *Busca de Spinoza*, Crítica, 2005). En sus *Meditaciones metafísicas*, Descartes comienza por formular la hipótesis de que, quizás, no tengamos cuerpos, que sólo seamos nuestro pensamiento que se va haciendo. Pero en la *Ética* Spinoza afirma que todo lo que afecta nuestro cuerpo también afecta nuestra alma, y vice-versa. Los afectos primarios que son el deseo, la alegría y la tristeza son, según Spinoza, nuestras mejores brújulas para orientarnos en la existencia. En sus escritos, Damasio se apoya en numerosos ejemplos clínicos que confirman la pertinencia de la descripción del ser humano avanzada por Spinoza.

Desde hace unos quince años reorientó sus investigaciones para interesarse en un objeto más amplio y más complejo que las emociones: la consciencia. También acá defiende una posición de inspiración spinozista antes que cartesiana. Pero dejémoslo que se explique.

investigaciones más punteras sobre el surgimiento de la conciencia y las contrapone a las nuevas y extraordinarias capacidades de la inteligencia artificial. Basándose en sus amplios estudios sobre neurología y psicología humanas, nos explica cómo cerebro, mente y cuerpo se unen para generar consciencia y aborda la necesidad de reconciliar sus diferencias para permitir una coexistencia saludable entre la cultura humana y la artificial. La editorial>

ANTONIO DAMASIO EN 6 FECHAS

1944 Nace en Lisboa

1971 Funda con su mujer Hanna el Centro de estudios del lenguaje Egas-Moniz

1975 La pareja abandona Portugal para seguir sus investigaciones en neurociencias en Harvard

1994 Publica *el Erreur de Descartes*, una obra de divulgación sobre la ciencia de las emociones que logra una difusión internacional

2017-2024 Miembro del Consejo de Estado de Portugal

A partir de 2005 dirige el Instituto para el estudio neurológico de la emoción y de la creatividad de la universidad de California meridional

Durante mucho tiempo la consciencia ha sido el tema favorito de los novelistas y de los filósofos. Desde hace una treintena de años se ha vuelto un auténtico objeto de estudio científico. ¿Qué es lo que permitió este avance?

Antonio Damasio: Por una parte, los progresos de las imágenes cerebrales han jugado un rol importante, puesto que nos pusimos a observar desde fuera los procesos que se operan dentro del cerebro. Por otra parte, la intervención de un filósofo ha sido un detonador: David Chalmers, en un congreso de 1994 sobre la ciencia de la consciencia, formuló el «*difícil problema de la consciencia*». Según Chalmers, existe toda una serie de «*problemea fácil*» en neurociencias. Si Ud. aísla una función cognitiva –por ejemplo, la de ver, la de leer o de memorizar–, Ud. la puede analizar e incluso reproducirla por medio de algoritmos. También Ud. puede comprender cómo integra el cerebro diversos *stimuli* o gatilla acciones. ¿Pero qué es lo que hace que cada uno de nosotros sepa a todo momento dónde se encuentra en el mundo o tiene la experiencia de estar despierto, de estar viviendo en primera persona del singular? Si le creemos a Chalmers, este sería un problema cuasi insoluble. Su intervención tuvo un efecto paradójico, puesto que las gentes, sobre todo los científicos, detestan que se les diga que nunca llegarán a hacer tal cosa; en los años que siguieron se multiplicaron las tentativas por resolver la dificultad del problema de la consciencia^{♥♦}.

♥♦ < https://channelmcgilchrist-com.translate.google.com/a-landscape-of-consciousness-toward-a-taxonomy-of-explanations-and-implications-by-robert-lawrence-kuhn-doi-org-10-1016-j-pbiomolbio-2023-12-003/?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc **Un paisaje de la conciencia: Hacia una taxonomía de explicaciones e implicaciones, por Robert Lawrence Kuhn** >

La dificultad a la que apunta Chalmers tiene que ver con la fosa que existe entre la biología, que estudia los procesos fisiológicos del cerebro, y el pensamiento consciente, que es inmaterial.

Sí, pero evidentemente que es una falsa perspectiva la que nos hace considerar así las cosas. Quizás el pensamiento consciente sea inmaterial –y todavía nos faltaría entender qué queremos decir con estos términos–, pero no hay duda que los procesos mentales son el resultado de la actividad de las neuronas completamente físicas ellas, situadas en un cuerpo también él igualmente físico. De hecho, su anotación no sólo se aplica a la consciencia sino también a todo lo tocante a nuestro espíritu. Somos capaces de decir lo que nos atraviesa el espíritu en un momento dado, y sin embargo no podemos ni verlo ni tocarlo. Ud. sabe que yo soy médico. Sé reconocer un tumor en el cerebro o, digamos, un neoplasma en el pulmón. Son cosas que Ud. puede literalmente tocar con sus dedos. Pero todo aquello que tiene que ver con el espíritu o con la consciencia parece mucho más fugitivo. Actualmente estamos empeñados en dar cuenta objetivamente de los basamentos fisiológicos de la actividad del espíritu y en correlacionar las dos dimensiones. Es una empresa de largo aliento; es cierto que no tenemos una teoría completa, pero hemos hecho evidentes progresos.

La consciencia no está en el cerebro

Ud. ha mencionado las imágenes cerebrales. ¿Por qué no hemos llegado a localizar la consciencia en el cerebro?

La consciencia es un proceso y, en tanto que tal, no es posible localizarlo. Dicho proceso moviliza muchas estructuras biológicas. Es un poco como en música: Ud. puede observar un instrumento bajo todos los ángulos, pero eso no le va a permitir escuchar la melodía que él suena. Para que haya una melodía, es preciso que un músico se sirva del instrumento, ya se trate de un piano o de un violín, se requiere percutir las teclas, hacer vibrar las cuerdas, y estos gestos deben ser ejecutados en ciertos momentos precisos, puesto que el proceso se despliega en el tiempo. Pero además le añado una anotación importante en lo que se refiere a la consciencia: su actividad no sólo moviliza estructuras de la corteza cerebral, es decir de la parte alta del cerebro, sino igualmente del tronco cerebral. La corteza cerebral me permite, por ejemplo, formar palabras, producir los pensamientos y las palabras que estoy queriendo enunciar. Pero él no genera el sentimiento de que yo estoy vivo, ni el sentimiento de que hoy estoy en buena forma, incluso si estoy un poco acatarrado y mi nariz me pica. De todo esto se encarga el tronco cerebral. Esto hace que, toda teoría de la consciencia que tome como punto de partida la corteza cerebral es errónea. No digo que tiene poca posibilidad de ser correcta, lo que digo es que es claramente falsa. Es absurda. No corresponde a la fisiología. Por lo demás conocemos niños que nacen sin corteza cerebral –se trata de una agenesia cortical–, y ellos son conscientes. Les pueden sonreír a su madre o a su padre. Pueden reír o llorar. Se quejan de estar enfermos. Sin embargo no tiene corteza.

En su trabajo sobre la consciencia, Ud. defiende de modo combativo una posición que es minoritaria entre los neurocientíficos. ¿De qué se trata?

Me encanta ese término, ¡combativo! y quiero serlo ¡sin llegar a ser belicoso! En efecto combato la idea, ampliamente dominante en neurociencias, según la cual la consciencia estaría en relación estrecha con las facultades intelectuales superiores, con procesos cognitivos de altísimo nivel. Yo era amigo de Francis Crick [*uno de los descubridores del ADN, que luego jugó un papel pionero en el empuje de las neurociencias*] cuando yo trabajaba en el Salk Institute, en California, donde se lo consideraba como un dios. Mi mujer Hanna y yo éramos más jóvenes que él, pero él era inteligente, abierto, siempre dispuesto a hacernos partícipes de sus trabajos. Estaba convencido de que la consciencia era una de las cosas más complejas creadas por la naturaleza y lo que más fundamentalmente nos distinguía de los animales. Él la conectaba con procesos mentales y cognitivos aparecidos tardíamente en la evolución del viviente. Mi idea es que por el contrario, la consciencia es tan esencial para la vida y para el desarrollo de nuestras capacidades cognitivas que ella es un fenómeno de un nivel relativamente bajo, modesto. Y finalmente me atreví a escribir negro sobre blanco que la consciencia se me aparecía como ligada a nuestros sentimientos y a nuestras emociones, mucho más que a nuestros pensamientos más elaborados^{♥*}. La consciencia es lo que nos permite reconocer las necesidades que tenemos, ella juega un rol determinante en el esfuerzo que hacemos para mantenernos con vida.

Ud. conecta la consciencia directamente con la «homeostasia». ¿De qué se trata?

Es una de las funciones fundamentales del viviente, descubierta por el médico francés Claude Bernard, quien escribe en 1865: «*La fijeza del medio interior es la condición de la vida libre.*» La homeostasia es el conjunto de mecanismos reguladores mediante los cuales un organismo mantiene un cierto número de parámetros dentro de un rango compatible con la continuación de la vida. Algunos seres vivos muy simples, como las bacterias, tienen mecanismos de este tipo, se opera así una regulación del medio interior de la célula, en lo que concierne presión, hidratación, pero ella es muy rudimentaria y se desenvuelve a nivel de la membrana. Nosotros somos mucho más complejos, con nuestros quince mil millones de células organizadas en diferentes sistemas. Nuestra sobrevivencia depende de un gran número de variables –frecuencia cardíaca, oxigenación de la sangre, temperatura, hidratación, etc. Para que todo esto pueda funcionar, tenemos necesidad de mensajes de alerta, pero también de interpretar correctamente mensajes y gatillar comportamientos en función de ellos. Según mi teoría, es para esto que sirve la consciencia al comienzo, y no para mantener una conversación elaborada como estamos que estamos

^{♥*} <Obsérvese cómo se convierten en absurdas expresiones corrientes de la vida ciudadana como “tomar consciencia de...” Terminan siendo campañas ideológicas sin ningún asidero ni emocional ni sentimental, Paláu>

llevando a cabo. La consciencia es un centinela. Es por esto que Ud. es consciente de tener sed, de tener hambre o de estar enfermo, que Ud. bebe, come, o busca la fuente del dolor para alejarlo. El proceso de mantenimiento de la vida siempre está al borde del colapso y necesita correcciones permanentes. La consciencia es ante todo un agregado de dispositivos protectores.

¿Por esto su idea de que lo que le falta actualmente a la inteligencia artificial [IA], a las máquinas, para volverse verdaderamente conscientes es un cuerpo por proteger?

¡Exactamente! Es una idea que desarrollé con mi antiguo alumno Kingson Man y que publiqué en *Nature Machine Intelligence* en 2019. Lo que le hace falta a las máquinas actuales es la vulnerabilidad. Nuestra propuesta es: introducir una forma de vulnerabilidad en los sistemas de IA, por ejemplo conectándolo a un «cuerpo» frágil con el encargo de que mantenga a este último operativo –poco importa lo que acá se entienda por «cuerpo»–; sólo entonces tendremos algunas posibilidad de despertarlos a la consciencia. Los robots no tienen ninguna representación interna de su estado. No tienen ni sensaciones ni emociones. Lo que hacen que tengan una relación neutra, indiferente con ellos mismos y con el mundo. Digámoslo una vez más: les falta algo mucho más elemental, que no es una capacidad intelectual de alto nivel sino un sentido de su propia existencia y de su lugar en el mundo.

Percepción de sí, percepciones del mundo

Hagámosle un poco más a su razonamiento sobre la homeostasia: Ud. distingue la exterocepción, la propiocepción y la interocepción. ¿Por qué esta distinción es tan esencial?

La *exterocepción* es la percepción del mundo exterior. Estamos en este momento en teleconferencia, yo utilizo receptores que se encuentran en mis ojos para coleccionar los signos visuales y verlo por medio de la pantalla. Lo mismo hago con los signos auditivos al escuchar su voz. De manera interesante, hay que decir que estas operaciones no descienden muy profundamente en nuestro organismo, son procesos de superficie. La visión se desenvuelve a nivel de la retina, la audición a nivel del tímpano. La interpretación de estos signos da lugar a la formación de «*mapas*» en la corteza cerebral. Pero Ud. también tiene la posibilidad de coleccionar signos de los estados internos de su cuerpo. Esto se lo hace particularmente por medio de la *propiocepción*, que le permite por ejemplo conocer la posición de sus miembros. Ud. sabe dónde está su pie izquierdo con respecto a su pie derecho, Ud. no tiene necesidad de estarlos viendo para decirlo. La propiocepción es todavía bastante superficial, puesto que ella es posible por los sensores que se encuentran sobre todo en los músculos, aferrados a la parte sólida del cuerpo, a los huesos. Pero la *interocepción* sí desciende mucho más profundo y nos informa sobre el estado de nuestros órganos. Ud. puede sentir los latidos de su corazón o el aire que entra y qui sale

de sus pulmones, Ud. tiene indicaciones del estado de su estómago, de sus intestinos, de su sistema digestivo. Los nervios que permiten esta interocepción son de los más antiguos en términos de evolución y están conectados a las partes del cerebro que están bajo la corteza cerebral. Ellos le proveen al espíritu una presentación verdaderamente visceral y cualitativa de los procesos biológicos en curso.

En el caso de la interocepción hay un punto que Ud. considera crucial, y es que el cerebro tiene por lo demás la posibilidad de actuar sobre la señal.

Sí, evidentemente que yo no puedo modificar lo que veo, me contento con detectar los objetos que se encuentran en mi campo de visión. Pero en cambio la señal interoceptiva sí dispara reacciones en cadena en el cerebro, la secreción de algunas hormonas por ejemplo, que van a modificar el estado interno del cuerpo. También va a incitar a que se adopten ciertos comportamientos. Si Ud. está hipoglucémico, entonces Ud. come; tiene frío entonces se pone un suéter; tiene calor, entonces busca la sombra. Son acciones muy simples pero que si Ud. simplemente no puede llevar a cabo arriesga con morir. Cuando un organismo alcanza un cierto nivel de complejidad, tiene necesidad de un sistema que lo alerte continuamente sobre el estado de la vida en él. Y es acá donde hace su aparición la consciencia.

Inteligencia y consciencia

Un tema muy debatido en la actualidad es el de saber si las plantas tienen una consciencia. Ud. responde por la negativa, aunque no obstante evoca una «*inteligencia natural*» presente en los vegetales. ¿Cómo define Ud. esa inteligencia?

Los árboles tienen un comportamiento inteligente. Pero esta inteligencia no tiene necesidad de ser guiada por nadie, le es inútil tener una entidad tal como lo es un «sujeto de la experiencia vivida» para que ella se manifieste. El árbol tiene un sistema sofisticado de extracción del agua del suelo o del oxígeno que se encuentra en la atmósfera. Pero ningún árbol le está diciendo a sus propias raíces: «Hé ¡allá abajo! Bombeen un poco de agua ¡porque comenzamos a desecarnos!» La consciencia le permite a un organismo complejo mantener un cierto saber sobre él mismo. La inteligencia es la capacidad de resolver un problema una vez que se lo ha detectado. Y esta capacidad se observa también en los organismo monocelulares tanto como en los vegetales. Parece ser que la consciencia propiamente dicha sólo aparece con la movilidad, no en las plantas sino con los peces, hace quinientos millones de años. Observe un gusano o una pequeña serpiente, la manera como se recoge sobre sí misma en caso de peligro es indicativa de un cierto nivel de consciencia, bastante modesto dado el carácter limitado de su sistema nervioso. La consciencia se desarrolló con las aves, los mamíferos, y especialmente en el ser humano. Nos encontramos así haciendo parte de los organismos dotados de consciencia, y estamos agarrados

entre dos forma de inteligencia sin consciencia: la inteligencia natural y la inteligencia artificial.

Actualmente existen dos teorías dominantes en ciencia de la consciencia: la teoría del espacio de trabajo global desarrollado por Jean-Pierre Changeux & Stanislas Dehaene, y la hipótesis del cerebro predictivo propuesta por Karl Friston. ¿Puede Ud. presentarnos brevemente estas dos teorías y la razón por la que ellas le parecen insatisfactorias?

Quiero mucho a mi amigo Jean-Pierre Changeux. Sin embargo, me parece que diferentes procesos en paralelo su teoría del espacio de trabajo, qui compara *grosso modo* la actividad del cerebro con el escritorio de un computador en el que estarían abiertas varias ventanas donde se desenvolverían diferentes procesos en paralelo, no es una teoría de la consciencia sino de la cognición. Es una buena manera de explicar la forma cómo nos representamos el mundo y cómo resolvemos los problemas. Y diría lo mismo con respecto a los trabajos de Karl Friston. Según él, no percibimos directamente el mundo, sino un modelo del mundo que nuestro cerebro ha construido previamente y que espera encontrar. La percepción correcta del mundo no tiene lugar sino luego de la rectificación de los errores de predicción, así es como por ajustes sucesivos nuestro cerebro se pone de acuerdo con la realidad. Estas presentaciones cognitivas de la consciencia son muy elaboradas y apasionantes, pero tienen fallas: no explican la naturaleza afectiva de los estados de consciencia que experimentamos continuamente.

IA: ¿no existe consciencia sin cuerpo?

Se le podría contestar a Ud. que nuestra consciencia nos sirve para hacer cosas mucho más elaboradas que simplemente beber y comer. ¿Acaso no es de nuestra consciencia de la que nos servimos para pintar un cuadro, para componer una música, o escribir un poema?

Como la mayor parte de los fenómenos biológicos, la consciencia está constituida por muchas capas, muchos niveles de complejidad. Si escucho la interpretación de un aria de Puccini en la magnífica voz de Renée Fleming, esto es en efecto una operación de consciencia compleja. Pero lo que me parece importante, es que todas las operaciones cognitivas de alto nivel tengan que ser iluminadas por el hecho de que somos conscientes, dicho de otro modo: por el continuo sentimiento de nuestra existencia. Si Ud. quieta la consciencia, ya no tendrá cognición. La consciencia es un fundamento para el proceso cognitivo pero no se confunde con él. Es cierto que cuando Ud. escribe un poema está en un cierto estado de sentimientos, y este estado aclara la manera cómo Ud. escoge sus palabras; sin embargo, la escritura misma es una tarea cognitiva qui no se confunde con ese estado.

En lo que concierne a la IA, me parece que su posición es ambigua: en su libro, Ud. evoca los peligros, al mismo tiempo que ofrece una pista que podría ayudar a crear máquinas conscientes y que consistiría, según Ud., en dotarlos de un «cuerpo». Entonces, ¿está Ud. en pro o en contra de los progresos de la IA?

Tengo miedo de que nosotros los humanos seamos dominados progresivamente por sistemas de IA que no tendrían ninguna consideración especial por nuestro bienestar. A las IA se les da un rábano saber si Ud. está bien o no. Les tiene sin cuidado saber si Europa está invadida o no. Todo lo que sea importante para Ud. se le da un pito a la IA, por muy perfeccionada que esté. Por otra parte veo que los LLM, los grandes modelos de lenguaje tipo ChatGPT, comienzan a ser tratado como si fueron humanos, cuando realmente no lo son; ellos no tiene ninguna brújula moral y se contentan con reciclar *stocks* de datos que les han proporcionado los humanos. El porvenir está abierto. ¿Qué va a ocurrir con la IA? Cuando pienso en ello me aterroriza la idea de que la IA haga progresos sólo en la dirección de la inteligencia, sin desarrollar ninguna forma de consciencia. Por esto propongo crear robots vulnerables; si llegamos a poner un podo de sensibilidad y de emotividad en las máquinas, esto podría contribuir a evitar que ellas se vuelvan nuestros enemigos o, más ampliamente, que ellas terminen conduciendo mal a nuestra humanidad.

LOS LIBROS DE ANTONIO DAMASIO

► ***el Error de Descartes*** (1994; Barcelona: Crítica, 1996)

¿Cuál es el error de Descartes? Para Antonio Damasio, uno de los más prestigiosos investigadores en neurofisiología, el de separar el cuerpo de la mente, con su tesis de que pensar es igual a ser, cuando se trata justamente de lo contrario: en el principio fue el ser, posteriormente el pensar; somos, luego pensamos.

Crear que las operaciones más refinadas de la mente están separadas de la estructura y del funcionamiento del organismo biológico es un error, porque el cerebro y el resto del cuerpo constituyen un organismo indisociable integrado por circuitos reguladores bioquímicos y neurales que se relacionan con el ambiente como un conjunto, y la actividad mental surge de esta interacción.

Esta innovadora visión del hombre se desarrolla en un libro que es, a la vez, riguroso y accesible. Partiendo de casos reales y bien documentados, el autor nos lleva a comprender cómo se forman las imágenes que percibimos, cómo se depositan nuestros conocimientos, cómo opera la memoria, cómo actúan los mecanismos reguladores de nuestra vida, qué son las emociones y sentimientos y, en definitiva, nos proporciona los conocimientos esenciales sobre el funcionamiento del cerebro.

► **Sentir lo que sucede** (2000; Santiago, cl: Andrés Bello)

¡Descubre los secretos de tu propia existencia con "Sentir lo que sucede"! En este fascinante libro, el aclamado neurocientífico Antonio Damasio nos lleva en un

viaje revelador al corazón de nuestro cerebro para desentrañar los misterios de la consciencia, las emociones y el sentido del yo. Publicado en el año 2000, Damasio desafía la antigua creencia de que la mente y el cuerpo operan de forma independiente, demostrando con argumentos convincentes que nuestras emociones y sentimientos no son meros productos del pensamiento, sino que están profundamente entrelazados con nuestro estado corporal. A través de conceptos como la "consciencia nuclear" y el "proto-yo", entenderás cómo tu cerebro monitorea constantemente lo que ocurre en tu organismo, creando esa sensación íntima de lo que significa estar vivo y ser tú mismo.

► ***Spinoza tenía razón*** (2003; Barcelona: Crítica, 2005).

A través de la obra de Spinoza, Antonio Damasio, aproxima la concepción spinozista de la unidad en paralelo del cuerpo y del espíritu de su propia teoría de los «marcadores somáticos»: signos corporales venidos de nuestras experiencias pasadas orientan, inconscientemente, nuestras tomas de decisiones.

► ***El Cerebro creó al hombre*** (Destino, 2010)

¿Alguna vez te has preguntado cómo un puñado de neuronas puede dar origen a tus pensamientos, sentimientos y a la mismísima idea de "yo"? Antonio Damasio, uno de los neurocientíficos más influyentes de nuestra época, nos invita a un viaje fascinante para desentrañar este misterio en "Y el cerebro creó al hombre". En este esclarecedor libro, Damasio explora cómo un órgano físico tan complejo como el cerebro es capaz de generar nuestra mente consciente, nuestra identidad y el vasto universo de nuestras emociones. A través de una combinación magistral de investigación científica y reflexiones filosóficas, el autor nos muestra cómo la conciencia, el lenguaje, la moralidad y la creatividad son rasgos profundamente arraigados en la actividad cerebral, desterrando la antigua idea de una separación radical entre cuerpo y mente. Descubrirás que nuestras emociones no son un mero acompañamiento de la razón, sino elementos esenciales que han moldeado nuestra evolución y son clave para la toma de decisiones y la construcción de lo que somos.

► ***El extraño orden de las cosas*** (2018; Destino, 2019)

¿Y si todo lo que creíamos saber sobre el origen de nuestra cultura y nuestra propia mente estuviera incompleto? En "El extraño orden de las cosas", el aclamado neurocientífico Antonio Damasio nos invita a un fascinante viaje para reconsiderar los cimientos de la existencia humana. Desafiando la noción de que la razón o el lenguaje son la piedra angular de la civilización, Damasio propone una idea revolucionaria: los sentimientos, en su esencia biológica, son el motor fundamental que impulsó el surgimiento de la conciencia, la mente y las culturas. Profundiza en cómo estas manifestaciones internas, arraigadas en la necesidad de mantener la vida (homeostasis), son la fuerza que nos ha moldeado. A través de una investigación pionera, Damasio explora la íntima interconexión entre cuerpo y mente, demostrando que nuestros sentimientos no son un mero accesorio evolutivo, sino el cimiento neurobiológico que subyace a la creatividad, el arte, la filosofía, la ciencia y nuestros sistemas morales. Nos revela cómo desde las formas de vida más arcaicas hasta nuestras complejas sociedades, una poderosa fuerza de

autoconservación lo gobierna todo, manifestándose en las experiencias afectivas humanas.

► ***L'Intelligence naturelle et l'Éveil de la conscience*** (2026; trad. fr. Odile Jacob, 2026)

Damasio propose une synthèse de ses recherches sur la conscience. Il en retrace l'émergence progressive dans l'évolution du vivant et interroge les défis conceptuels posés par le développement de l'IA.

Traducido del inglés al francés par Alexandre Lacroix

Traducido del francés al español por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, abril 3 de 2026